

EJEMPLOS DE REPORTAJES

En *Vidas al límite* (publicado por la editorial Seix Barral), el escritor Juan José Millás ha recogido una selección de reportajes publicados en *El País Semanal* en los que retrata personas famosas, héroes anónimos y hombres y mujeres con una historia a sus espaldas. Aquí tienes fragmentos de algunos de estos conocidos reportajes de Millás.

REPORTAJE 1: Daniel Álvarez, un hombre ciego y sordo

El mundo en sus manos

EL PAÍS 3 FEB 2008

Daniel Álvarez no sabe cómo es el mundo que le rodea. Jamás ha visto el rostro de su mujer o de su hija. Ni siquiera ha escuchado su voz. Es ciego y sordo, pero ha logrado llevar una vida normal. Trabaja en la ONCE y es presidente de la Asociación de Sordociegos de España. Viaja, asiste a congresos internacionales y juega con su hija. Sus cinco sentidos están localizados en sus manos. Atrapado dentro de su cuerpo, sin conexión con el exterior, ha aprendido a valerse por sí mismo y se comunica con los demás por medio del tacto. Él inaugura *Vidas al límite*, la nueva serie de Juan José Millás para *El País Semanal*. Fotografía de Daniel Sánchez

He aquí el relato de una peripecia personal extraordinaria, la de Daniel Álvarez, que, sordo desde los cuatro años y ciego desde los treinta, ha logrado construirse una identidad y una vida que llamaríamos normales, si "lo normal" no nos pareciera tan opaco. Casado con Helen y padre de Natalia, una niña de cinco años, Daniel despliega una intensa actividad profesional que le obliga a viajar con alguna frecuencia dentro y fuera de España. Jefe de la Unidad Técnica de Sordoceguera de la ONCE (que ocupa a 16 personas), además de presidente de la Asociación de Sordociegos de España, posee la medalla Anna Sullivan, que es la condecoración más prestigiosa y antigua en reconocimiento al esfuerzo realizado a favor de las personas sordociegas.

[Para leer el reportaje completo pincha aquí](#)

REPORTAJE 2: María Tapia, ama de casa

María Tapia: La vida del ama de casa

Trabaja más de doce horas diarias. Sostiene una casa y una familia compuesta por ella, su marido y un hijo de siete años con hiperactividad diagnosticada. Pero su trabajo es invisible para el sistema. Como el de todas las amas de casa. El desayuno con las amigas y las veladas ante la tele son sus vías de escape. Juan José Millás la siguió durante una jornada como parte de su Proyecto Sombra. Acabó agotado.

EL PAÍS 5 ENE 2005

María Tapia trabaja de 14 a 15 horas diarias (alguna más que yo, para decirlo todo) y los fines de semana hace horas extras. Pese a ello, no está conectada a ninguna red de intereses que trascienda más allá de las cuatro paredes de su casa. Su actividad no provoca asientos contables, ni movimientos financieros, ni transferencias bancarias. María no factura a nadie un solo minuto de su esfuerzo diario, no recibe una nómina y, por tanto, no cotiza tampoco para cobrar en su día una jubilación. Si hoy fuera a comprarse un televisor a plazos y le pidieran, como es habitual, un certificado de ingresos del último año, no tendría nada que enseñar porque no los ha tenido. María Tapia es ama de casa, así que pertenece a esa mitad de la humanidad que realiza actividades invisibles para el sistema, pero sin las que el sistema, curiosamente, se vendría abajo. María Tapia no existe ni para los expendedores de tarjetas de crédito, ni para los directores de las cajas de ahorro, ni para el FMI o el Banco Mundial. Quizá posea una tarjeta de crédito, pero como mera extensión geográfica de la de su marido; quizá le concedan un crédito, pero no por ella misma, sino por su marido; tal vez pueda tener una cuenta corriente, pero su titularidad será subsidiaria de la de su marido. María Tapia es por sí misma invisible para el sistema; sólo junto a su marido, que al trabajar fuera de casa es reconocido como un individuo productivo, adquiere una identidad vicaria, es decir, el eco de una identidad. Lo cierto es que si María Tapia y la mitad invisible de la humanidad que representa abandonaran de un día para otro las tareas domésticas, de forma que tuviera que hacerse cargo de ellas la mitad visible, la economía mundial sufriría gravísimos desajustes, pues son millones y millones las horas que se van en hacer la compra, en asear la casa, en cocinar, en limpiar el polvo, en cambiar las sábanas, en tender la ropa, en plancharla, en traer a los niños al mundo y amamantarlos hasta que se les puede llevar a la guardería, al colegio, al pediatra, al psicólogo, al cumpleaños de un amigo... (...)

Llegué a casa de María Tapia, la mujer invisible citada más arriba, a las ocho y media de la mañana de un destemplado día del pasado mes de octubre. Cuando me abrió la puerta, ya había despedido a su marido, había ventilado su dormitorio y el salón, se había arreglado y estaba intentando que Fernando, su hijo, de siete años, saliera de la cama para desayunar y vestirse, pues a las nueve y media tenía que estar en el colegio.

[Para leer el reportaje completo pincha aquí](#)

REPORTAJE 3: Francisco Marín, un joven con síndrome de Down

Un día con Paco

Tiene síndrome de Down. Es la única diferencia entre Francisco Marín y otro joven barcelonés de 21 años. Paco trabaja, estudia y está enamorado. Y aspira a un futuro y una familia.

EL PAÍS 4 MARZO 2001

Francisco Marín tiene 21 años y un cromosoma más que yo. Vive en una localidad de la periferia de Barcelona (Hospitalet) desde donde cada mañana se dirige a la Fundación Catalana para el Síndrome de Down, en cuyas oficinas trabaja como auxiliar administrativo. Va y viene siempre solo, aunque el pasado 17 de enero una sombra estaba esperándole en el portal de su casa para seguirle durante toda la jornada. Esa sombra era yo.

– Voy a ser tu sombra –le dije.

– Así que yo me llamo Paco y mi sombra se llama Juan José –respondió señalando con regocijo aquella falta de simetría insólita.

Comenzaba a amanecer cuando tomamos el metro en Hospitalet, confundidos con la riada de gente que a esa hora se dirigía a trabajar. El vagón iba lleno, pues, de personas con el número consabido de cromosomas en sus células y con una cantidad anormal de preocupaciones en su cabeza. Podía oír sonar sus cromosomas y sus preocupaciones cada vez que el vagón hacía un movimiento brusco. Percibí algunas miradas furtivas hacia la pareja formada por Paco y yo, cuya relación no era fácil de conjeturar. Él iba disfrazado de auxiliar administrativo (chaqueta oscura, pantalones con raya, camisa y corbata a juego) y yo de reportero (pantalones vaqueros, camisa vaquera y chupa). Nos colocamos cerca de una de las puertas, cogidos a una barra vertical, y Paco me confesó que él también escribía.

[Para leer el reportaje completo pincha aquí](#)